LA BIOGRAFÍA DEFINITIVA

CÉSAR

ADRIAN GOLDSWORTHY

AVISO LEGAL: ESTA INFORMACIÓN PUEDE SER UTILIZADA PARA FINES EDUCATIVOS EXCLUSIVAMENTE.

VIII

CÓNSUL

En fin, César había tomado la determinación de trabajar, estar alerta, desdeñar lo propio en atención a los intereses de sus amigos y no negar nada que fuese digno de ser dado; anhelaba para sí un gran mando, un ejército, una guerra nueva donde pudiese resplandecer su coraje.

SALUSTIO, finales de la década de los años cuarenta a.C.[1]

¿Qué hablará de mí la historia dentro de seiscientos años? Ella me irfunde mucho más respeto que los rumorcillos de las gentes que hoy viven.

CICERÓN, abril de 59 a.C.[2]

El 28 y el 29 de septiembre del año 61 a.C., Pompeyo Magno celebró su tercer triunfo, que conmemoró sus victorias sobre los piratas y Mitrídates. Las festividades coincidieron con su cuarenta y cinco cumpleaños e incluyeron espectáculos y procesiones de escala y magnificencia sin precedentes. Su primer triunfo había llegado veinte años antes, pero esta vez no hubo ningún ridículo plan para aparecer montado en un carro tirado por elefantes. Pompeyo era mayor, más maduro, y no necesitaba ese teatro puesto que el esplendor de sus victorias eclipsaba los logros de los grandes generales del pasado. Aun así, los triunfos nunca eran ocasiones para el comedimiento o la modestia. Como cualquier aristócrata romano, Pompeyo se cuidó de cuantificar su éxito y en las procesiones se exhibieron carteles en los que se declaraba que había asesinado, capturado o derrotado a 12.183.000 personas, apresado o hundido 846 barcos de guerra y aceptado la rendición de 1.538 pueblos o plazas fortificadas. Cada reino, pueblo o lugar que había conquistado figuraba a su vez en las magníficas carrozas que llevaban los botines que les había robado. También había cuadros que mostraban famosos episodios de las guerras. Otros estandartes reflejaban cómo cada soldado del ejército había recibido mil quinientos denarios -que equivalían a más de diez años de paga- y proclamaban que se había añadido la vasta suma de veinte mil talentos de oro y plata al tesoro público. Pompeyo alardeaba de que, como resultado de sus esfuerzos, los ingresos anuales de la República habían aumentado en más del doble, desde los cincuenta millones a los ciento treinta y cinco millones de denarios. Al final de la procesión había un carro presentado como un trofeo por la victoria sobre el mundo conocido. La gente decía que Pompeyo había triunfado sobre tres continentes: África como parte de su primer triunfo, Europa y, en concreto, Hispana en el segundo, y ahora Asia en el tercero. Delante de Pompeyo marchaban más de trescientos rehenes de gran categoría, incluyendo reyes, princesas, jefes y generales, todos ellos ataviados con su traje nacional. El mismo general iba montado en un carro decorado con piedras preciosas y se cubría con una capa arrebatada a Mitrídates, que sostenía que una vez había pertenecido a Alejandro Magno. En opinión de Apiano, que escribió siglo y medio después, eso era poco probable, pero a Pompeyo le encantaba trazar

USO DIDÁCTICO

paralelismos entre él y el mayor conquistador de la historia.'

No hay duda de que los logros de Pompeyo fueron grandiosos. La eliminación de los piratas había sido una deslumbrante demostración de una meticulosa planificación y una rápida actuación, pero resultó ser sólo el preludio de éxitos aún mayores. Mitrídates del Ponto había sido uno de los enemigos más resistentes de Roma: Sila lo había expulsado de Grecia y había recuperado la provincia de Asia, pero la necesidad de regresar a Italia le había impedido lograr una victoria total. Lúculo había hecho más en los siete años que estuvo al mando en la región, atacando con fiereza al rey y sus aliados en una serie de batallas. Entretanto, se había hecho inmensamente rico con los botines de la guerra, pero perdió el apoyo de los publican que operaban en Asia como recaudadores de impuestos, así como de muchos de sus propios soldados.A un general de éxito nunca le faltaban oponentes en el Senado, porque los senadores se ponían instintivamente nerviosos cuando alguien acumulaba demasiada gloria, fortuna y auctoritas. Cada vez se alzaban más voces quejándose de que la guerra estaba durando demasiado, e incluso de que Lúculo la estaba prolongando de manera deliberada para enriquecerse todavía más. Su enorme provincia se dividió y las partes se repartieron entre nuevos gobernadores, privándole de los hombres y el material con el que hacer la guerra. Con Lúculo debilitado, Mitrídates tuvo la oportunidad de recuperar parte del terreno perdido. Todo cambió cuando llegó Pompeyo en el año 66 a.C. Con el apoyo de unos recursos de una escala que su predecesor nunca habría siquiera soñado, había aplastado el poder del rey a finales de año. Sería ir demasiado lejos decir que Lúculo ya había ganado la guerra no así en el caso de la Guerra de los Esclavos, que sin duda había decidido Craso antes de que Pompeyo llegara y tratara de robarle el mérito-, pero también es cierto que su contribución a la posterior victoria romana fue importante.

Cuando hubo completado la tarea que se le había asignado, Pompeyo no mostró ningún deseo de retornar a Roma enseguida, sino que buscó nuevas oportunidades para ganar gloria con las tropas bajo su mando. En los siguientes dos años aprovechó cualquier oportunidad para conducir a sus legiones más lejos de lo que cualquier otro ejército romano hubiera llegado nunca. Marcharon contra los iberios y los albanos, recorriendo la orilla oriental del mar Negro y llegando hasta lo que llegaría a ser Rusia. Tras intervenir en una guerra civil entre miembros rivales de una familia real judía, Pompeyo había dado abundantes pruebas en estas campañas de su capacidad como comandante y es posible que en anteriores campañas se pusiera personalmente al frente de algunas batallas emulando el estilo heroico de Alejandro. En Jerusalén, sus comandantes y él habían penetrado en lo más sagrado de lo sagrado del Gran Templo, algo prohibido a todo el mundo excepto a los sumos sacerdotes. Como muestra de respeto, no se llevaron ninguno de los tesoros, pero el gesto, tal y como se pretendía, proporcionó una nueva leyenda que contar en Roma sobre las inauditas hazañas del gran general romano. Para los romanos, lo espectacular a menudo se combinaba con lo práctico, y Pompeyo pasó gran parte de su tiempo organizando la administración de las antiguas provincias romanas de la región y de las nuevas provincias que había creado. Las campañas activas habían cesado en buena medida cuando en el año a.C.llegó la noticia de que Mitrídates había muerto, asesinado por uno de sus escoltas después de que hubiera intentado envenenarse pero descubriera que

USO DIDACTICO

los antídotos que había tomado a lo largo de toda su vida le habían inmunizado. Aun así, Pompeyo permaneció en Oriente durante más de un año colonizando la región. Sus talentos organizativos eran considerables y muchas de las normativas que había establecido seguirían vigentes durante siglos.4

La insensatez con la que actuó Metelo Nepote durante su tribunado aumentó la aprensión acerca de lo que Pompeyo haría a su regreso a Italia. Nepote era su cuñado, había servido a sus órdenes como legado, por lo que su tendencia a usar la violencia y la intimidación para conseguir que Pompeyo conservara el mando de su ejército era muy preocupante. Se dice que Craso explotó ese clima llevándose a su familia al extranjero. Es dificil saber hasta qué punto Nepote estaba siguiendo instrucciones, pero es evidente que Pompeyo no puede haberse sentido satisfecho con un resultado que despertó las sospechas de muchos senadores sobre él sin lograr ningún beneficio. En la primavera del año 62 a.C. escribió al Senado en conjunto y a los principales senadores de modo privado asegurándoles que deseaba un retiro pacífico. Otro de sus legados, Marco Pupio Pisón, estaba ya en Roma haciendo campaña por el consulado para el año 61 a.C. Pompeyo le pidió al Senado que pospusiera las elecciones hasta final de año, de manera que pudiera estar presente y apoyar a su amigo. Las opiniones estaban divididas, pero Catón evitó que se produjera ninguna votación manipulando los procedimientos del Senado. Cuando se le preguntó su opinión en el debate, siguió hablando hasta que finalizó la jornada y la reunión se clausuró sin haber llegado a ningún resultado. Nadie intentó debatir el tema de nuevo. Cuando llegó el momento, Pisón obtuvo el consulado de todos modos, pero esa fue la primera de una serie de desaires que tuvo que sufrir Pompeyo, lo que no le impidió continuar esforzándose para tranquilizar al Senado sobre sus buenas intenciones. Cuando por fin se presentó en Brindisi en diciembre del año desmovilizó de inmediato a sus legiones, dando orden a sus soldados de que se reunieran de nuevo sólo cuando llegara el momento de marchar en su triunfo.'

Hasta que celebrara su triunfo, Pompeyo no podía cruzar el pomerium, la frontera sagrada de la ciudad, por lo que se alojó en su villa en las colinas albanas, a las afueras de Roma.A mediados del siglo importantes partes de Roma estaban más allá del pomerium. En varias ocasiones, el Senado eligió localizaciones en aquellas áreas para reunirse, y también se celebraron reuniones públicas allí, para que Pompeyo pudiera acudir. Cuando fue elegido cónsul el año 70 a.C., Pompeyo encargó al experimentado senador y prolífico autor Marco Terencio Varrón que le escribiera un folleto que explicara los procedimientos senatoriales. Su regreso a la vida política demostró que, tras casi seis años de campañas, todavía le quedaba mucho por aprender. Su primer discurso fue un fracaso, no le gustó a nadie.Tuvo mala suerte porque llegó en plena controversia sobre el juicio de Clodio por sacrilegio, mientras se debatía acaloradamente qué procedimiento debía emplearse y, en particular, cómo se seleccionarían los jurados. Pisón, el antiguo legado de Pompeyo, era amigo y partidario de Clodio, mientras que el otro cónsul era un oponente igualmente determinado. Pompeyo, que no era un orador muy entrenado o especialmente dotado, intentó mostrar su firme apoyo y respeto por el Senado cuando se le pidió opinión sobre esos asuntos, pero sus discursos despertaron poco entusiasmo. Cicerón, todavía resentido por la negativa de Pompeyo a alabarle con suficiente

USO DIDACTICO

entusiasmo por la eliminación de Catilina, fue muy cáustico en sus opiniones sobre el hombre que tan a menudo había apoyado en el pasado. El 25 de enero del año 61 a.C. le escribió a su amigo Ático que Pompeyo, «según hace ver, me estima, me aprecia, me quiere mucho; me elogia a las claras, pero en el fondo, aunque de forma que resulta evidente, me mira con malos ojos: nada de afabilidad, ni de sencillez, ni de claridad "en cuestiones políticas", ni honestidad, ni valor, ni independencia».' Cicerón se mostró encantado cuando Craso comenzó a ensalzarle en el Senado, probablemente porque Pompeyo no lo había hecho.7

En la esfera personal, las cosas funcionaban algo mejor: Pompeyo se había divorciado de su esposa, Mucia, casi inmediatamente después de regresar a Italia. César y ella habían tenido una aventura mientras su marido estaba ausente, pero él no había sido su único amante y sus infidelidades eran un escándalo público. El divorcio tuvo desafortunadas consecuencias políticas, alejando a Pompeyo de sus hermanastros Metelo Nepote y Quinto Cecilio Metelo Celer, porque, como familia, los Metelos siempre estaban dispuestos a responder ante desprecios reales o aparentes. Después de sufrir el ataque de Nepote, Cicerón tuvo que esforzarse mucho para aplacar a Metelo Celer, aunque había sido su hermano el que comenzó la disputa. Celer era un importante candidato al consu lado en el año 60 a.C., lo que le convertía en un enemigo especialmente peligroso. No obstante, el divorcio le brindó a Pompeyo la oportunidad de establecer nuevas alianzas políticas, y es evidente que deseaba demostrar una vez más su compromiso con la élite senatorial y que no era ningún revolucionario. Se dirigió a Catón y le pidió que permitiera que su hijo y él se casaran con sus sobrinas, las hijas de Servilla. Para consternación de las chicas y su ambiciosa madre, Catón rechazó la propuesta, un gesto que se sumó a su reputación de situar los severos dictados de la virtud por delante de la ventaja política. Aunque tuvo que renunciar a la perspectiva de aliarse con el hombre más rico y el comandante más famoso del Senado, el incidente hizo crecer la leyenda que Catón estaba creando de forma consciente con sus acciones y su actitud.'

USO DIDÁCTICO

Durante aquellos años, Pompeyo tenía dos objetivos fundamentales. El primero era asegurarse de que los veteranos dados de baja del ejército recibían tierras. En el año 70 a.C. se había aprobado una ley para ocuparse de la situación económica de los hombres que habían luchado a sus órdenes en Hispania, pero no había conseguido demasiado ya que el Senado no había proporcionado los recursos para garantizar una distribución adecuada de la tierra. Su segundo objetivo era garantizar la ratificación de la reorganización de Oriente, del conjunto de leyes y regulaciones que había establecido tras su victoria sobre Mitrídates. Lo normal era que un comité senatorial se ocupara de estas cuestiones, pero Pompeyo había acometido la tarea sin esa autoridad. El hecho de que el trabajo realizado fuera excelente no evitó que recibiera bastantes críticas. Lúculo, que había tenido que esperar años para su propio triunfo y que seguía resentido por haber sido sustituido en el mando por Pompeyo, salió de su autoimpuesto retiro de la vida pública para enfrentarse a él. Criticó en especial los cambios que se habían efectuado en su propia normativa. Pompeyo deseaba que toda la reorganización de Oriente se ratificara en una sola ley. Lúculo, Catón y muchos otros senadores importantes exigían, por el contrario, que cada una de las normas se discutiera y tratara de forma

individual. Durante el consulado de Pisón en el año no se logró nada, en parte por su preocupación por el juicio de Clodio. Dándose cuenta de que Metelo Celer estaba prácticamente seguro de alcanzar el consulado para el año Pompeyo hizo numerosos sobornos para asegurarse de que le proporcionaban un colega dócil. El hombre elegido fue otro de sus antiguos legados, un «hombre nuevo» llamado Lucio Afranio. Aunque es posible que fuera un oficial capaz, era más conocido como bailarín que por su habilidad como político. Como cónsul resultó ser un fracaso total, al que el también «hombre nuevo» Cicerón consideró poco más que un chiste del peor gusto. Más talento demostró Lucio Flavio, uno de los tribunos del año, que estaba muy dispuesto a hacer lo que Pompeyo quisiera. Propuso una nueva ley agraria que pretendía proporcionar granjas a los veteranos y a muchos pobres de la ciudad. Metelo Celer lideró la oposición y fue tan brutal en su invectiva que el tribuno ordenó que le metieran en prisión. El cónsul era un jugador suficientemente astuto del juego político para saber cómo explotar la situación y enseguida convocó una reunión del Senado en la misma cárcel. La respuesta de Flavio fue situar su banco oficial de tribuno delante de la entrada para impedir que nadie pudiera entrar. Sin dejarse intimidar, Metelo ordenó a sus asistentes que abrieran un agujero en la pared de la prisión para que pasaran los senadores. Pompeyo se dio cuenta de que Flavio estaba perdiendo la batalla y le ordenó que liberase al cónsul. El episodio mostró el mismo respeto, casi ridículo, por las convenciones que el enfrentamiento entre Catón y Nepote en el año 62 a.C. en el podio del Templo de Cástor y Pólux. En este caso, el asunto se detuvo antes de que hubiera auténtica violencia.Ante el fracaso de nuevos intentos de intimidar a Metelo negándole el derecho de ir a una provincia, el proyecto de ley acabó abandonándose.'

Después de dos años, Pompeyo no había alcanzado ninguno de sus dos objetivos clave. La confirmación de la reorganización de Oriente y la entrega de tierras para los soldados veteranos eran medidas sensatas que habrían beneficiado a la República. Metelo se opuso al proyecto de ley sobre todo porque no deseaba hacer nada que favoreciera al hombre que se había divorciado de su hermanastra Mucia, pero también por el prestigio de mostrarse independiente y por su innata tozudez. Su abuelo había obtenido fama gracias a ser el único senador que se negó a jurar obediencia a una de las leyes de Saturnino, por lo que sufrió un periodo de exilio. Lúculo estaba motivado por la memoria del perjuicio que sentía que Pompeyo le había infligido en el año 66 a.C., mientras que Catón y otros estaban más inclinados a frustrar las iniciativas de Pompeyo como un medio de frenar su ascenso y de impedirle que dominara la República con su enorme riqueza y fama. Pompeyo no fue el único senador que se sintió frustrado esos años. Craso, que al principio se había solazado con los problemas de su rival, descubrió que muchos senadores de la misma camarilla estaban igualmente deseosos de bloquear una medida de gran importancia para él.A principios del año 60 a.C. se produjo una disputa entre el Senado y los équites que lideraban las grandes empresas de los publican. Estos habían adquirido los derechos para recaudar impuestos en Asia y las demás provincias orientales sólo para descubrir tras tantos años de guerra que no conseguían recaudar suficientes ingresos para cubrir la suma que habían prometido al erario público. Al enfrentarse a la perspectiva de registrar pérdidas en vez del habitual pingüe beneficio derivado de la recaudación de impuestos, los consternados publican pretendieron renegociar las condiciones de su contrato, reduciendo el importe

USO DIDÁCTICO

que debían entregar al tesoro público. Craso, que estaba estrechamente asociado con los publican más importantes y probablemente tenía participaciones en varias compañías, les apoyó con entusiasmo. Cicerón consideraba que la demanda era indignante, pero estaba dispuesto a aceptarla puesto que era necesario aplacar y mantener del lado del Senado a la acaudalada orden ecuestre. Una nueva ley de sobornos acababa de imponer severas multas a los équites, así como a los jurados senatoriales, lo que había ofendido gravemente a los miembros de la orden. Catón nunca había contenido su indignación y se opuso con firmeza a los publican, persuadiendo al Senado de que rechazara la apelación. Cicerón comentó con desesperación que Catón «con su mejor intención y su mayor buena fe perjudica algunas veces a la República; pues interviene como si estuviera en la "república ideal" de Platón y no en la de fango de

Los planes de Pompeyo y Craso, los dos hombres más ricos y, en ciertos sentidos, los más influyentes de la República, estaban siendo desbaratados por los miembros de un puñado de familias nobles que dominaban el Senado. Pompeyo, en particular, había sido rechazado cuando intentó formar parte de esta élite interna. Una pequeña minoría de aristócratas estaban bloqueando reformas necesarias, razonables y populares, además de otras medidas más cuestionables que tal vez hubieran sido oportunas políticamente. La inercia existente en el mismo corazón de la República estaba provocando el rechazo de muchos ciudadanos en todos los niveles de la sociedad. Décadas más tarde, uno de los ex comandantes de César comenzaría su historia de la guerra civil en el año en que Metelo Celer y Afranio fueron cónsules. En retrospectiva, muchos considerarían el año 60 a.C como el año en el que la enfermedad que corroía la República se tornó terminal."

USO DIDÁCTICO

DE VUELTA AL HOGAR

En el verano del año 60 a.C., César volvió de Hispania. Tenía cuarenta años y -seguramente con la misma dispensa de la que había disfrutado para ocupar anteriores cargos dos años antes del momento normal- podía presentarse al consulado del año 59 a.C. Es evidente que llevaba tiempo preparando el terreno para presentar su candidatura. Al no poder hacer campaña en persona, parece que escribió a algunos senadores influyentes, incluyendo a Cicerón. César era un prolífico escritor de cartas, lo que hace aún más desafortunado el hecho de que se conserve tan poco de su correspondencia. Se cree que era capaz de dictar a varios escribas a la vez, y era famoso por ser el primer hombre que, mientras estaba en Roma, escribía con regularidad a amigos y aliados políticos que también estaban en la ciudad. Es posible que se divorciara de Pompeya con una nota.También es probable que utilizara una carta para llegar a un acuerdo con otro de los candidatos para organizar una campaña conjunta. Este candidato era Lucio Luceyo, un hombre de considerable riqueza pero escasa fama o carisma. La suma de su dinero con la popularidad de César era una poderosa combinación. A principios de junio del año 60 a.C., antes siquiera de haber llegado a Roma, César era considerado favorito en la pugna por el consulado, lo que movió a Cicerón a comentar que sus «vientos son ahora muy favorables». Evidentemente, las cartas de César a Cicerón habían agradado al orador, porque escribió a Ático

diciendo que esperaba «hacer mejorar a César», lo que veía como un buen servicio para la República."

César, al igual que Pompeyo dos años antes, llegó a las afueras de Roma, pero no podía cruzar el pomerium hasta que celebrara el triunfo que había obtenido por sus campañas en Hispania. Un triunfo, con sus espectaculares procesiones y celebraciones, mejoraría aún más sus perspectivas electorales. El electorado romano y la sociedad en general admiraba la gloria militar por encima de todas las cosas y, en la práctica, era muy probable que un cónsul acabara al mando de una guerra importante, por lo que las pruebas de que poseía talento castrense eran obviamente una buena cosa.A Cicerón le gustaba a veces proclamar que un gran historial como abogado en los tribunales se valoraba casi tanto como las proezas militares, pero no hay duda de que, en el fondo de su corazón, sabía que esa no era la opinión de la mayoría de los votantes. Sin embargo, por ley, los candidatos a un cargo público tenían que presentarse en persona a una reunión en el Foro. Llevaba tiempo preparar de modo adecuado la celebración triunfal que, además, sólo podía tener lugar en un día asignado por el Senado. La fecha de las elecciones ya se había fijado y César no podría presentarse a menos que cruzara el pomerium, renunciando así a su triunfo. Solicitó una exención a la regla que le permitiera convertirse en candidato sin aparecer en persona. Se supone que la solicitó por carta, o mediante intermediario, ya que no hay constancia de que el Senado se reuniera en uno de los templos al otro lado del pomerium para que pudiera asistir. Suetonio narra que hubo amplia oposición a esa petición. El resto de nuestras fuentes identifican a Catón, algo nada sorprendente, como el principal foco de oposición: de nuevo utilizó la táctica de continuar hablando hasta que se acabó el tiempo del debate y la reunión tuvo que clausurarse sin que se hubiera votado sobre el tema. El Senado no volvería a reunirse hasta después de que la lista de candidatos hubiera sido anunciada de forma oficial (el Senado sólo podía reunirse ciertos días y no podía, por ejemplo, hacerlo el mismo día en que se celebraba una asamblea popular). La táctica de Catón de prolongar los debates para que no se votara una proposición había funcionado en el pasado y esta vez garantizó que César no pudiera celebrar su triunfo y presentarse al consulado para el año siguiente.`

USO DIDACTICO

Las maniobras dilatorias de Catón funcionaron, pero no del modo que había pretendido. Cuando César se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, renunció inmediatamente a su triunfo y entró en la ciudad, cruzando el pomerium para presentarse candidato al consulado. Es dificil valorar en lo que vale la importancia que tuvo esta decisión. Un triunfo era uno de los mayores honores al que podía aspirar un aristócrata romano, algo que se conmemoraría de manera permanente mediante la exhibición de sus símbolos en el atrio de su casa. Pompeyo, cuya carrera había sido siempre muy poco ortodoxa, había obtenido tres triunfos, pero eso era algo excepcional y en ese periodo era muy poco habitual que un hombre obtuviera ese honor más de una vez. No sólo eso: los triunfos se otorgaron únicamente a una pequeña minoría de propretores en el siglo y eran bastante raros incluso para los procónsules. Era la más clara indicación de que César estaba mirando hacia el futuro, absolutamente convencido de que le aguardaban hazañas y oportunidades mucho mayores. Un triunfo por sus victorias en Hispana habría sido muy grato y había hecho todo lo posible para conseguirlo,

pero el consulado era un premio aún mejor.

Los motivos de Catón también merecen nuestra consideración, porque, a primera vista, su acción parece absurda, pero en retrospectiva, también había supuesto un grave error. Como mucho habría logrado retrasar la candidatura de César durante un año: César habría obtenido su triunfo, lo que sólo habría incrementado sus perspectivas electorales, ya de por sí buenas. Quizá Catón esperara que durante los siguientes doce meses, las deudas de César acabarían aplastándole y su carrera implosionaría. No obstante, acababa de regresar de su provincia y, como todos los gobernadores romanos y en especial aquellos que participaban en una guerra victoriosa, sin duda se había beneficiado. Sus deudas eran demasiado elevadas para que pudiera saldarlas y es evidente que César necesitó la fortuna de Luceyo en su campaña electoral, pero en general lo más probable es que su situación financiera a su regreso de Roma fuera mejor que cuando se marchó. Como ciudadano particular, César podía ser procesado, así que tal vez se esperaba que pudiera ser acusado en el tribunal de extorsión. Sin embargo, la mayoría de ex gobernadores que se enfrentaban a esos cargos resultaban absueltos y, como hemos visto, es posible que César fuera inocente, aunque ese no era necesariamente el factor clave en muchos juicios. Había una razón más personal para retrasar un año la candidatura de César. El yerno de Catón, Marco Calpurnio Bíbulo, también se presentaba al consulado. Era el mismo hombre a quien César había eclipsado completamente durante su mandato edilicio en el año 65 a.C. Los talentos de Bíbulo eran modestos y aún lo parecían más en comparación con el atractivo y muy competente César. No obstante, el sistema, con la norma de la edad mínima para cada cargo, garantizaba que, con frecuencia, un hombre compitiera y ocupara los distintos puestos con los mismos hombres a lo largo de toda su carrera. Tanto César como Bíbulo habían sido pretores en el año 62 a.C., aunque no se tiene noticia de que surgiera ningún conflicto entre ellos. Posponer la candidatura de César al consulado suponía que, por una vez, Bíbulo tendría la oportunidad de ser el centro de atención.Asimismo evitaba el peligro de que el «nuevo hombre», Luceyo, impulsado por la popularidad de su aliado, relegara a Bíbulo a un tercer puesto. Perder unas elecciones era un humillante golpe para un miembro de una familia noble.

USO DIDÁCTICO

Es decir, la familia de Catón obtenía indudables beneficios del bloqueo de la solicitud de César.Tampoco debería ignorarse el conflicto que existía entre ambas personalidades. No exageramos si decimos que Catón detestaba a César, cuya maldad creía haber descubierto bajo su encanto exterior. La continuada relación extramatrimonial que mantenía Servilla con ese hombre exacerbaba los sentimientos de su hermanastro. La aristocracia romana no veía nada malo en que los senadores se movieran por odios personales siempre que sus acciones no fueran excesivas y, desde ese punto de vista, Catón simplemente estaba aprovechando la oportunidad de perjudicar a uno de sus enemigos. Más aún, todas las veces que logró hacer cambiar de opinión al Senado o impedir que tomara alguna medida, la reputación de Catón mejoró. En aquel momento tenía sólo treinta y cinco años y el puesto más importante que había ocupado era el tribunado, pero ya tenía una posición bien establecida como una de las voces dominantes del Senado. Era Catón un dechado de virtudes pasadas de moda a la manera de su famoso antepasado y nunca era disuadido de sus opiniones o tenía miedo

de expresarlas aunque fueran contrarias a lo que pensaba la mayoría. Realmente parece poco probable que en el año 60 a.C. considerara a César un peligro para la República y las cartas de Cicerón demuestran que esa no era la opinión de la mayoría antes de las elecciones. El único indicio de que hubiera alguna sospecha llegó cuando el Senado asignó las provincias que los cónsules del año recibirían tras su año de mandato, algo que una ley de Cayo Graco había estipulado que debía llevarse a cabo antes de las elecciones. En este caso el Senado decidió que ambos hombres serían enviados a «los bosques y caminos rurales de Italia» (silvac callesque). Era cierto que la Italia rural había sufrido mucho en las últimas décadas, pero aun así esa tarea estaba muy por debajo de la dignidad de un cónsul, y no digamos de dos. La sugerencia de que la asignación pretendía únicamente mantener a los cónsules en la reserva por si acaso se producía una guerra importante en la Galia no es demasiado convincente, ya que no era una práctica habitual en Roma. Era un insulto que, según mantienen nuestras fuentes, estaba dirigido contra César, aunque no hay que olvidar que era igualmente probable que Bíbulo sufriera también por esa humillación.14

Los cónsules eran elegidos por la Comitia Centuriata, cuya estructura difería mucho de las asambleas tribales. César ya había obtenido un éxito en la Comitia cuando fue elegido pretor, pero la competición era inevitablemente más dura por los dos consulados que por las ocho preturas de cada año. Los comicios consulares solían celebrarse a finales de julio, de manera que César disponía sólo de unas pocas semanas para hacer campaña en persona. La Comitia Centuriata se reunía en el Campo de Marte, con rituales que tenían fuertes asociaciones con el sistema militar de los inicios de la historia de Roma, como por ejemplo el hecho de izar una bandera roja en la colina Gianicolo, que ya mencionamos en relación con el juicio de Rabirio (véase página 165). El magistrado presidente, uno de los cónsules de ese año, también dio instrucciones a la asamblea al estilo tradicional, lo que hizo que sonaran como órdenes militares. Primero se celebró una reunión informal o contio antes de que empezara la asamblea en sí, aunque no se sabe si los candidatos tuvieron la oportunidad de pronunciar un discurso como una última apelación al electorado. El cónsul abriría con una oración, seguido por una fórmula prefijada que ordenaba a los presentes que eligieran a los dos nuevos cónsules. Los votantes se dividían en centurias dependiendo de sus propiedades tal y como las registrara el último censo. Las centurias estaban compuestas de hombres de las mismas tribus, pero sólo en ese sentido había un elemento tribal. La votación comenzó con las setenta centurias de la Primera Clase, seguidas de las dieciocho centurias ecuestres. Cada centuria elegía dos nombres de la lista de candidatos para cubrir las dos vacantes. Había un total de 193 centurias y el resultado de las elecciones podía decidirse, y a menudo se decidía, durante la votación de la Segunda Clase. Los miembros de la Primera Clase tenían que contar con importantes propiedades, aunque se desconoce la cantidad exacta correspondiente a ese periodo. Sería un error pensar que todos ellos eran muy ricos; algunos eran casi tan ricos como los équites, pero otros contaban con medios relativamente modestos. No hay verdaderos indicios de que los miembros de esta clase tuvieran un fuerte sentimiento de identidad corporativa o de formar una clase social en el sentido moderno. La decisión de que las centurias votaran primero influía en los posteriores votos, ya que, con frecuencia, se sentía el impulso de elegir a aquellos hombres que se esperaba que resultaran victoriosos. Influía en

USO DIDÁCTICO

especial la decisión de una centuria de la Primera Clase que era elegida por medio del azar para hablar en primer lugar: se trataba de la centuria praerogativa, y la opinión más extendida era que el hombre cuyo nombre salía el primero en el voto de esta centuria ganaría las elecciones.`

Como en otras elecciones, la votación de la Comitia Centuriata tuvo lugar en la saepta o «redil» del Campo de Marte. Conocida también como los oviles, esta estructura temporal de cercados de madera para cada una de las unidades de votación estaba a la intemperie y cubría una amplia zona. No sabemos cuántos ciudadanos participaban de manera habitual. Más de 900.000 ciudadanos varones estaban incluidos en el censo y al menos varios cientos de miles de ellos vivían en la misma Roma, al menos durante parte del año. Sin embargo, parece muy improbable que la mayoría de ellos, ni siquiera de los residentes, pudiera votar aunque hubiera querido hacerlo, dado el tamaño de la saepta. Los cálculos que se han realizado sobre el número de votantes que podrían acomodarse dentro de estos recintos electorales, normalmente modificados a partir de conjeturas sobre la posible duración de las votaciones, ya que todo el proceso debía haber terminado con la puesta del sol, varían desde las cifras más elevadas de 70.000 o 55.000, hasta las más bajas de 30.000. La tendencia de todos los investigadores ha sido sugerir que se trata de cifras máximas y que las cantidades reales solían ser muy inferiores. A pesar de que sería poco prudente confiar en exceso en esas conjeturas, se puede afirmar sin temor a equivocarse que sólo una minoría de las personas que tenían derecho a votar efectivamente lo hacían. No obstante, es dificil saber si siempre se reunían más o menos los mismos votantes, como se suele dar por supuesto. Una elección consular era sin duda un gran acontecimiento, y muchos ciudadanos viajaban a Roma desde todas partes de Italia para participar. Inevitablemente estos solían ser los más acomodados, pero dado que los deseos de la orden ecuestre y la Primera Clase tenían tanto peso, su importancia era aún mayor. Es evidente que los resultados de las elecciones eran impredecibles y que era muy excepcional que los dos candidatos para el consulado fueran considerados ganadores seguros. La centuria praerogativa era seleccionada a suertes el día de las elecciones, lo que añadía un elemento de incertidumbre a los procedimientos.16

Durante su propia campaña, Cicerón había contemplado la posibilidad de visitar la Galia Cisalpina para intentar conseguir votos entre los ciudadanos acaudalados de allí y a lo largo de su vida trató de mantener vínculos con muchas partes de Italia. Cuando los favores y la amistad del pasado no bastaban, el dinero podía convencerlos. Había hombres en cada tribu que podían hacer cambiar el voto de los demás miembros de su tribu, tanto si votaban conjuntamente como si lo hacían cada uno en su propia centuria. En el año numerosas personas dijeron haber visto a muchos de esos hombres visitar el jardín de Pompeyo para recibir el pago por apoyar a su candidato, Afranio. En el año los sobornos fueron menos flagrantes, pero siguieron siendo utilizados por todos los candidatos. El dinero de Luceyo actuaba para sí mismo y para César, mientras que Bíbulo utilizaba no sólo sus propios recursos, sino que recibía ayuda de varios senadores destacados. Catón lo aprobaba, de la misma manera que no procesó a su cuñado por cohecho en las elecciones del año 63 a.C. cuando atacó a Murena por el mismo asunto. Como cualquier otro senador, deseaba que su familia tuviera éxito. Según Suetonio, Catón y otros partidarios de Bíbulo actuaban también impulsados por el temor

USO DIDÁCTICO

de lo que César podía llegar a hacer si era elegido cónsul y tenía como colega a un hombre muy ligado a él políticamente. Es posible que esta opinión proceda de una visión retrospectiva y es probable que los contactos y el estatus de la familia de Bíbulo fueran factores mucho más importantes."

El día de las elecciones, César quedó en primera posición por un cómodo margen. Bíbulo consiguió el segundo puesto, de modo que Luceyo obtuvo escasa rentabilidad de los gastos realizados. Seguramente muchos de los votantes escribieron los nombres de César y Bíbulo en sus papeletas. Ahora que había alcanzado una magistratura superior, la cuestión era qué haría César y cómo se comportaría en sus doce meses de mandato.

LA LEY AGRARIA

En diciembre del año 60 a.C., unas cuantas semanas antes de que César tomara posesión del cargo de cónsul el 1 de enero del año 59 a.C., Cicerón recibió una visita en su villa del campo. Se trataba de Lucio Cornelio Balbo, el ciudadano romano de Gades, en Hispania, que había trabajado recientemente en la plana mayor de César y que ahora estaba empezando a actuar como su representante político. Balbo habló fundamentalmente de la reforma agraria que César planeaba introducir durante su consulado. A lo largo de su vida, Cicerón sintió una aversión de terrateniente a cualquier redistribución y su oposición había contribuido mucho a bloquear el proyecto de ley de Rulo tres años antes. Esta vez podía elegir entre oponerse a la nueva ley, ausentarse un tiempo para evitar comprometerse o bien apoyarla. Como Cicerón le explicó a Ático por carta, César esperaba que la apoyara; Balbo le había asegurado que «César seguirá mi opinión y la de Pompeyo en todos los temas y que trataría de reconciliar a Craso con Pompeyo». Si Cicerón seguía ese curso de acción, tendría la perspectiva de «una estrecha alianza con Pompeyo y, si lo deseo, también con César, y una reconciliación con mis enemigos, paz con la turba y seguridad en la vejez». César estaba preparando cuidadosamente su año de mandato e intentando conseguir tantos aliados políticos como fuera posible. Cicerón, a pesar de sus éxitos como cónsul, seguía siendo un «hombre nuevo», nunca había llegado a ser aceptado por completo por las familias establecidas del Senado, y el hecho de haber ejecutado a los conspiradores en el año 63 a.C. le hacía vulnerable a un ataque por haberse excedido en sus poderes. Durante la última década se había mostrado como un leal partidario de Pompeyo. Ahora, era evidente que Pompeyo se había asociado con la reforma agraria de César y ambos deseaban asegurarse de que la oratoria de Cicerón ayudaba a su causa.`

Tras meditarlo un poco, Cicerón se negó a comprometerse, lo que sin duda supuso una decepción para César, pero no excesiva, puesto que ya había conseguido dos aliados que eran mucho más poderosos. Balbo le había insinuado a Cicerón que existía la posibilidad de que se produjera una alianza entre Pompeyo y su principal rival, Craso. Efectivamente, en un momento dado durante esos meses, César logró que ambos se aliaran y él se vinculó a ellos de tal manera que, en palabras de Suetonio: «No se podía hacer nada en la República que desagradara a cualquiera de los tres».19 Esta

USO DIDACTICO

alianza política es conocida por los estudiosos como el Primer Triunvirato (el Segundo Triunvirato estuvo formado por Marco Antonio, Octavio y Lépido en noviembre del año 43 a.C. para oponerse a los asesinos de César). Triunvirato significa sólo junta de tres, pero a diferencia del Segundo Triunvirato, que fue establecido de manera oficial por medio de una ley y otorgó a los tres hombres poderes dictatoriales, la asociación entre Craso, Pompeyo y César tenía un carácter informal. Al principio la alianza fue asimismo secreta: el hecho de que en diciembre del año 60 a.C., Balbo hablara sólo de la posibilidad de reconciliación entre Pompeyo y Craso no debe tomarse como una indicación de que el triunvirato todavía no se había constituido, sino sólo de que todavía no se había hecho público. Hacía ya algún tiempo que César estaba estrechamente asociado con Craso, que había invertido mucho en él al actuar como aval para las deudas que estuvieron a punto de evitar que César partiera para asumir el gobierno de Hispana Ulterior. César tenía tiempo y, una vez más, había sido un partidario clave de las medidas que favorecían a Pompeyo. Sin duda también le conocía -el mundo de la aristocracia romana era pequeño, y ambos habían estado en Roma gran parte del periodo entre los años 70-67 a.C.- aunque no hay constancia de ninguna intimidad especial. César había seducido a la esposa de Pompeyo durante su ausencia mientras este estuvo en el extranjero, lo que desde luego no le había granjeado el cariño de su marido, pero el caso es que también se había acostado con la esposa de Craso sin que eso impidiera que colaboraran en cuestiones políticas.Tanto las iniciativas de Pompeyo como las de Craso habían sido frustradas en los últimos años, y habían descubierto que su riqueza e influencia no eran suficientes para conseguir todo lo que deseaban. Pompeyo necesitaba un cónsul más dotado y determinado que Pisón o Afranio para lograr que se hiciera lo que se le antojaba. César había sacrificado un triunfo para obtener el consulado de inmediato. Para que ese sacrificio mereciera la pena, necesitaba una oportunidad de emprender aventuras militares mucho mayores después de su año de mandato, algo que los «bosques y caminos» de Italia claramente no le proporcionarían. Para lograr esa oportunidad, quería contar con seguidores influyentes. Si se hubiera unido sólo con Pompeyo o sólo con Craso, era probable que la mutua antipatía entre ambos hubiera garantizado que el otro se opondría a César. Con la seguridad de que Catón, Bíbulo y sus asociados se enfrentarían a cada una de sus decisiones, sencillamente no podía permitirse ningún otro enemigo poderoso. Por tanto, la elegante y simple respuesta era unir a Pompeyo y a Craso, sabiendo que su relevancia combinada sería irresistible. Catón y los otros nobles que habían bloqueado e irritado a los dos mejores hombres de la República le habían brindado esa oportunidad.Aun así, es indudable que fueron necesarias todas las dotes de persuasión y el encanto de César para convencer a los antiguos enemigos de que podría lograr lo que se proponía si ambos se unían para apoyarle.`

Es posible que las negociaciones para crear el triunvirato comenzaran por carta, pero no es probable que se tomara ninguna decisión en firme hasta que César regresó a Italia en el verano del año 60 a.C. Seguramente no aceptaron hasta después de las elecciones consulares, cuando el éxito de César reforzó su posición negociadora. No se sabe con certeza si Pompeyo y Craso unieron fuerzas abiertamente para hacer campaña a su favor. Aunque lo hubieran hecho, tal vez no se habría considerado muy significativo, ya que era normal que los enemigos personales apoyaran al mismo candidato si existían lazos de amistad individuales con él. La cooperación entre los tres hombres no

USO DIDÁCTICO

se sospechó de forma generalizada hasta enero del año 59 a.C. como muy pronto. Más tarde, resultó incluso más obvio y provocó la indignación y los habituales gritos de la época final de la República.Varrón, el erudito que en el año 70 a.C. aconsejó a Pompeyo sobre procedimientos senatoriales y, más adelante, sirvió como su legado, escribió un folleto censurando al «monstruo de tres cabezas». Más de un siglo y medio más tarde, Plutarco afirmó de manera categórica que la amistad entre los triunviros, en especial entre César y Pompeyo, fue la causa fundamental de la guerra civil y del final de la República romana; fue el modo que utilizó César para obtener tanto poder que al final pudo vencer incluso a Pompeyo. Era una opinión expresada a posteriori, pero evidentemente no era única, aunque sugiere una inevitabilidad de los futuros acontecimientos que resulta cuestionable. Sin embargo, en cierto sentido Plutarco había comprendido que el triunvirato no era en realidad una unión entre personas con los mismos ideales y ambiciones políticos. Pompeyo, Craso y César buscaban obtener ganancias personales. Pompeyo quería tierra para sus veteranos y la ratificación de su reorganización de Oriente, y Craso deseaba tranquilizar a los recaudadores de impuestos de Asia. César era con mucho el miembro de menos categoría, que necesitaba apoyos poderosos si pretendía conseguir algo en vista del colega tan poco colaborador con quien le había tocado compartir consulado y si aspiraba a conseguir un mando provincial importante más adelante. De hecho, él era un instrumento de los otros dos, porque necesitaban un magistrado para proponer y hacer que se aprobara la legislación que necesitaban.A cambio, César sería recompensado por esa labor. Cada uno de ellos sabía que los otros se beneficiarían del acuerdo, pero eso les parecía bien siempre que ellos alcanzaran sus propios objetivos. En última instancia era un matrimonio de conveniencia que cualquiera de los miembros podía romper en cuanto cesara de beneficiarle. Verlo como una unión más sólida o permanente sería arriesgarse a malinterpretar los hechos de ese año y los posteriores. Dión cuenta que los tres hombres hicieron solemnes juramentos, pero lo más probable es que se trate de propaganda posterior. Prestar juramento en secreto siempre fue considerado como un acto siniestro por los romanos. Se supone que Catilina lo hizo con sus seguidores. En siglos posteriores esa sería una de las acusaciones que se esgrimirían contra los primeros cristianos.`

USO DIDÁCTICO

Los dos cónsules gozaban del mismo poder, pero cada uno de ellos tenía prioridad sobre su colega en meses alternos. César había quedado por delante en las elecciones, por lo que, cuando Bíbulo y él tomaron posesión del cargo el 1 de enero del año 59 a.C., fue él quien obtuvo la prioridad y comenzó el año de la República con oraciones y sacrificios. Cada uno de los cónsules iba acompañado de doce lictores que transportaban las fasces que simbolizaban el poder del magistrado. El cónsul con prioridad en aquel mes debía sostener las fasces. Por lo general, los lictores marchaban delante del magistrado, abriendo un camino a través de la multitud si era necesario. Como signo de respeto hacia su colega, César determinó a principios de año que siempre que Bíbulo llevara las fasces, sus propios lictores marcharían detrás de él. Pero sólo un oficial menor, el accensus, le precedería. Ese fue sólo uno de los diversos gestos razonables que César tuvo al principio de año. Como todo el mundo, también deseaba que sus obras y palabras fueran del dominio público, por tanto, los discursos en el Senado y en las reuniones públicas serían registrados por escribas y

publicados en el Foro. En el pasado, sólo se habían anotado de manera ocasional, por ejemplo en algunos de los debates que se produjeron durante el consulado de Cicerón."

Sin embargo, su inmediata prioridad era el proyecto de ley sobre la tierra y es probable que se leyera en el Senado y se debatiera el 1 o el 2 de enero. Era necesario darse prisa, porque un proyecto de ley debía publicarse veinticuatro horas antes de que se convocara a la asamblea tribal para votarlo. Si César quería que esa votación se efectuara en enero mientras él llevaba las fasces, entonces cada día contaba, porque el Senado no se podía reunir el 3 o el 4.Ya se había realizado un esfuerzo considerable para preparar el proyecto de ley y garantizar su aprobación antes de que acabase el año anterior.Ya hemos visto que Balbo había sido enviado a hacer campaña para apoyar a Cicerón. César se había preocupado de aprender del fracaso de los proyectos agrarios de Rulo y Flavio y la tierra pública de Campana -el ager Campanus, que proporcionaba al erario público unos suculentos ingresos- fue excluida formalmente. Las cláusulas también especificaban con claridad que se respetaría la propiedad privada. Una comisión supervisaría la adquisición y distribución de la tierra a los soldados veteranos de Pompeyo y a muchos pobres de la ciudad. Los comisionados sólo estaban autorizados a comprar tierra de propietarios que desearan vender y el precio era el registrado en el último censo. Los fondos para la adquisición provenían de los vastos excedentes procedentes de las victorias de Pompeyo. Otras cláusulas de la ley reconocían de manera expresa todas las tierras ocupadas existentes, a menos que se multiplicaran los temores de que habría investigaciones sobre si la propiedad era legal o no. Asimismo impedía a los nuevos colonos que vendieran la tierra durante veinte años para recalcar que su objetivo era establecer nuevas comunidades que fueran estables y permanentes. Habría veinte comisionados, de manera que ni una ni dos personas tuvieran excesiva influencia en sus manos, aunque parece que existió un consejo interno de cinco miembros para tomar algunas decisiones. Los comisionados serían elegidos y la ley excluía de modo expreso a César de formar parte de la comisión, por lo que no se plantearía la cuestión de que propusiera legislación de la que pudiera derivar un beneficio tangible. Las leyes romanas tendían a ser largas y complejas. Uno de los legados más duraderos de Roma al mundo es una prosa legal farragosa y enrevesada. Antes de que César leyera todo el texto ante el Senado, anunció que modificaría o eliminaría cualquier cláusula sobre la que se formulara una

El proyecto de ley estaba bien construido y era sensato. No había nada o muy poco en el texto que pudiera criticarse por motivos razonables y los senadores eran conscientes de que cualquier cosa que dijeran en el debate se publicaría. Lo más probable es que fuera el 2 de enero cuando César comenzó a solicitar la opinión individual de cada senador. Craso fue el primero de los ex cónsules al que habló y seguramente dio su aprobación, lo mismo que Pompeyo, al que se cree que se dirigió en segundo lugar. Los demás mostraban cierto resentimiento, pero no deseaban quedar registrados como opositores del proyecto de ley. Lo mismo sucedió con los antiguos pretores. Sólo cuando César llegó a los ex tribunos y llamó a Catón para que expresara su parecer se encontró con algo distinto de un apoyo entusiasta o evasivas. Incluso Catón se vio obligado a reconocer que el proyecto de ley era bueno, pero pensó que no era oportuno y alegó que sería un error introducir ninguna

USO DIDÁCTICO

innovación durante ese año. Algunos de los primeros en intervenir habían conseguido retrasar la sesión introduciendo temas tangenciales, pero Catón era el verdadero maestro de la manipulación de las convenciones del Senado. Al preguntarle su opinión la dio, y luego continuó dándola, hablando sin interrupción por minutos que se convirtieron en horas. Era evidente que su plan era una vez más seguir hablando hasta que el Senado tuviera que terminar la sesión de ese día y así impedir que se efectuara la votación. Había empleado la misma táctica en el pasado y siempre había surtido efecto.

En esta ocasión, César explotó y ordenó a sus ayudantes que arrestaran a Catón y le condujeran a prisión. Por extrema que parezca su acción, no había otro modo de evitar que un miembro del Senado continuase hablando cuando se le había pedido opinión, ya que a alguien como Catón no se le podía sencillamente mandar callar. Revelaba la frustración de César y pronto fue evidente que había sido un error. Catón sabía cómo explotar la situación desempeñando el papel del recto defensor de la República que se negaba a doblegarse ante la «tiranía».Al menos en el Senado encontró mucha comprensión, aunque durante un tiempo el debate prosiguió. Un senador, Marco Petreyo, el hombre que había derrotado a Catilina en batalla en el año 62 a.C. y que ya llevaba treinta años de servicio militar, se puso en pie y abandonó la Casa. César exigió saber por qué se marchaba antes de que finalizara la sesión y recibió la áspera respuesta del entrecano veterano, que prefería estar en prisión con Catón que allí con César. El cónsul estaba empezando a darse cuenta de que se había equivocado. Se supone que esperaba que Catón apelara a uno de los tribunos de la plebe para vetar su arresto. No obstante, el prisionero estaba disfrutando demasiado aquel momento para proporcionarle a César una salida fácil. Al final, el cónsul tuvo que ordenar su liberación. El día había transcurrido sin que el Senado llegara a votar la moción de apoyo al proyecto de ley.`

Catón se había apuntado una victoria y había vuelto a fortalecer su reputación. Sin embargo, como muchos de los éxitos de su carrera, era un triunfo vacío que a la larga sólo sirvió para empeorar las cosas. En esta ocasión no se enfrentaba a un Pisón o un Afranio a quien pudiera esquivar u obstaculizar con facilidad. César, que se había esforzado tanto en comportarse de manera conciliadora, declaró ahora que ya que el Senado no hacía nada, se dirigiría directamente al pueblo romano. Es probable que al día siguiente celebrara una reunión en el Foro y de nuevo hizo un esfuerzo por ser razonable. Convocó a su colega Bíbulo en la rostra y, a la vista de la muchedumbre allí congregada, le preguntó qué opinaba sobre la reforma agraria. Siempre es dificil saber con exactitud quién asistía a esas reuniones públicas y si eran un reflejo genuino del sentir de la población en general o más bien eran similares a los mítines de los partidos políticos actuales. Por un lado, poco se podía hacer para impedir que un ciudadano -o incluso alguien que no fuera ciudadano- que estuviera en Roma se presentara y observara las sesiones. Por otro lado, el espacio del Foro era limitado y no podía contener más que una pequeña proporción de la vasta población de la ciudad. Es dudoso que más de cinco mil personas escucharan realmente los discursos, aunque es probable que algunas partes del Foro tuvieran capacidad para mayores multitudes. La mayoría de los estudiosos dan por supuesto que el magistrado que convocaba la reunión se aseguraría de que estaría llena de sus seguidores. Es muy posible que sea cierto, aunque no hay pruebas reales de cómo se organizaba

USO DIDÁCTICO

eso y deberíamos ser precavidos a la hora de suponer que tenían un control absoluto sobre tales congregaciones. En este caso, la muchedumbre se mostró muy favorable hacia César. Sin embargo, Bíbulo repitió el argumento de Catón de que fueran los que fueran los méritos del proyecto, no debería haber innovaciones en su año de mandato. César siguió intentando convencer a su colega y le dijo a la multitud que podrían conseguir la ley si Bíbulo consentía; inició y lideró el cántico de la consigna que le pedía al cónsul que accediera, pero la presión sólo logró que Bíbulo gritara: «No tendréis la ley durante el presente año, aunque todos lo queráis». Tras hacer ese burdo comentario, Bíbulo salió en estampida.25

Los magistrados romanos no eran elegidos para representar a nadie y ni ellos ni los senadores debían responder ante ningún tipo de distrito electoral. En ese sentido la política romana difería mucho de la teoría -si no necesariamente de la práctica- de las modernas democracias. No obstante, se suponía que al final la voluntad del pueblo romano era soberana y que era un grave error que un cónsul expresara ese desdén por los votantes. César le había presionado hasta que cometió ese error y ahora aprovechó ese éxito. No llamó a más magistrados a su reunión -o reuniones, ya que es posible que hubiera más de una-, sino que llamó a distinguidos senadores de larga experiencia. Esto era una práctica totalmente habitual, y César comenzó por Craso y Pompeyo.Ambos apoyaron el proyecto de ley con gran entusiasmo, dando por primera vez una clara indicación pública de su asociación con el cónsul. Pompeyo habló de la necesidad de recompensar con tierra a los soldados que, bajo su mando, habían luchado tan bien por Roma. Asimismo les recordó que los botines obtenidos por sus ejércitos habían proporcionado a Roma amplios fondos que hacían viable la distribución. César volvió a concentrarse en la población, logrando que suplicaran a Pompeyo que garantizara que el proyecto se convirtiera en ley. Siempre sensible a la adulación, anunció en respuesta a la pregunta de César de qué sucedería si alguien «osa levantar la espada» para frenar el proyecto, que entonces él tomaría «el escudo» (o en otra versión «su espada y escudo»). La amenaza era muy poco sutil: le encantó a la multitud, que les vitoreó, pero provocó el nerviosismo de muchos senadores. Catón y Bíbulo habían bloqueado a César en el Senado, pero arriesgarse más no le había disuadido ni a él ni a sus partidarios. Al final, César fue al menos tan tozudo y determinado como ellos. Como Tiberio Graco en el año 133 a.C., al no conseguir la aprobación del Senado, César presentó la ley directamente a los votantes. Se fijó una fecha en los últimos días de enero para que una asamblea tribal votara el proyecto de ley agraria. César había manejado bien sus reuniones públicas y todos los indicios sugerían que se ría aprobada. A pesar de que se presentaron como los verdaderos defensores de la República, es poco probable que Catón y Bíbulo representaran más que a una pequeña parte de los ciudadanos. De hecho, seguramente sus opiniones eran compartidas por una minoría, aunque tal vez una amplia minoría, del Senado, si bien en ese caso incluía muchos de los nobles más distinguidos e influyentes.`

USO DIDÁCTICO

EL CONSULADO DE JULIO Y CÉSAR

En las primeras horas del día, cuando la asamblea tribal iba a votar el proyecto de ley, los partidarios de César, Pompeyo y Craso comenzaron a situarse en lugares clave en torno al Foro. Entre ellos se cree que se encontraban algunos de los veteranos del ejército de Pompeyo, que tenían un interés personal en que se aprobara el proyecto. Algunos llevaban armas, aunque, al menos en parte, escondidas. No es probable que hubiera suficientes veteranos para controlar todos los accesos al Foro, y, a medida que el sol ascendía, muchos otros ciudadanos se fueron uniendo a la multitud reunida delante del Templo de Cástor y Pólux. La elección de esta localización para una reunión pública antes de la asamblea sugiere que se preveía la llegada de muchísimas personas, ya que había más espacio en ese extremo del Foro que alrededor de la misma rostra. No debería olvidarse que, al parecer, la propuesta de repartir la tierra recibió un respaldo generalizado y, lo que es más, que los que se oponían de manera activa a la reforma, más que simplemente mostrarse indiferentes, eran muy pocos. El abierto apoyo de Pompeyo había convencido a muchos que habrían estado menos seguros de los motivos de César. Es dificil decir si los presentes se sintieron intimidados -o incluso protegidos- por los corpulentos hombres que se apostaban en grupos en torno al Foro. César dio un discurso desde el podio del templo, explicando otra vez lo necesaria que era esta ley.A la mitad de su alocución, se presentó su colega consular: Bíbulo venía acompañado de sus asistentes y lictores, y con él llegó Catón, tres de los tribunos del año y un grupo de seguidores. La multitud se separó cuando el cónsul avanzó para unirse a César. Dión afirma que eso se debía en parte al respeto natural que inspiraba la magistratura suprema, pero también porque pensaban que habría cambiado de opinión y habría de cidido no oponerse a la ley. Cuando alcanzó a César en la plataforma del templo -y tal vez recordó su horrible chiste sobre su edilato conjunto-, Bíbulo dejó claro que su actitud no había vacilado en lo más mínimo. La presencia de los tribunos sugiere que Catón y él planeaban vetar la sesión e impedir que se celebrara una asamblea. No obstante, los procedimientos ya estaban demasiado avanzados, porque ese tipo de pronunciamiento debía preceder a la orden que se le daba a los ciudadanos para que se separaran por tribus, que posiblemente César ya había dado."

USO DIDÁCTICO

De inmediato, la muchedumbre reaccionó con hostilidad. Sin duda fueron los partidarios armados los que encabezaron la violencia que se produjo a continuación. Bíbulo fue expulsado a empujones de las escaleras del templo cuando trató de hablar contra César. Sus lictores fueron reducidos y las fasces que transportaban fueron hechas pedazos, lo que significaba una humillación simbólica para un magistrado. De acuerdo con Apiano, Bíbulo se descubrió el cuello y gritó que preferiría manchar los procedimientos con su muerte en vista de que no podía detener a César. Su intento de ser heroico terminó en farsa cuando le volcaron una cesta llena de estiércol sobre la cabeza. Le lanzaron proyectiles y varios asistentes acabaron heridos, al igual que uno o más de los tribunos, en algunas versiones.

Varios de los asistentes resultaron heridos por los proyectiles. Nadie fue asesinado, lo que sugiere que la violencia estuvo rigurosamente controlada por César y sus aliados. Cubrir al cónsul con estiércol en vez de herirle realmente aumenta la sensación de que se trataba de un uso de la fuerza bien orquestado y contenido, lo que difería por completo de otros estallidos periódicos de violencia

que se produjeron a partir del año Catón resultó ileso y fue el último en marcharse, sin dejar de gritar a sus conciudadanos para persuadirles o intimidarles y tratar de que adoptaran su propio punto de vista. Apiano sostiene que en realidad fue expulsado a rastras por algunos de los partidarios de César, pero volvió a entrar a escondidas y no se rindió hasta que se dio cuenta de que nadie escuchaba lo que estaba diciendo. A continuación, la asamblea acordó y aprobó el proyecto de ley por una cómoda mayoría. La nueva ley incluía una cláusula que requería que todos los senadores juraran acatar sus cláusulas y no intentar que la ley fuera revocada. En caso contrario, serían enviados al exilio. Poco tiempo después -tal vez cinco días, que era el periodo correspondiente a una cláusula similar contenida en otra ley- todos habían prestado juramento. Metelo Celer, el cónsul que había instado al Senado a reunirse con él en la celda de la prisión en la que estaba encarcelado, se mostró reacio al principio, pero acabó transigiendo. Se dice que Catón fue persuadido por Cicerón de que sería de más valor en Roma que en el exilio. Bíbulo convocó al Senado en cuanto fue posible después del día de las votaciones para protestar por el comportamiento de César. Lo más probable es que la reunión se celebrara el 1 de febrero, cuando le hicieron entrega de las fasces. Sin embargo, las esperanzas de Bíbulo de que el Senado condenara a César, tal vez de que aprobara el senatus consultum ultimum y le despojaran de su cargo como le había sucedido a Lépido en el año 78 a.C., eran infundadas. En vista del entusiasmo que gran parte del pueblo había mostrado por César y su ley, ningún senador quería oponerse a ninguno de los dos. Muchos miembros del Senado tenían, además, estrechos vínculos con sus socios, Pompeyo y Craso?

Bíbulo se retiró a su casa y no volvió a aparecer en público en calidad de cónsul en lo que quedaba de año. Se dedicó a redactar escritos difamatorios y acusaciones contra César, Pompeyo y sus seguidores, que ordenó que se mostraran en el Foro, pero permaneció en la sombra. Pronto se extendió la costumbre de hablar del «consulado de julio y de César» en vez de Bíbulo y César. Suetonio repite unos versos que se hicieron populares en la época:

> Las cosas se hacen recientemente no por voluntad de Bíbulo, sino de César, pues no recuerdo nada que haya sucedido durante el consulado de Bíbulo.

Pero Bíbulo no estuvo completamente inactivo y siguió intentando obstaculizar la actuación de César. Los cónsules tenían la misión de establecer las fechas para aquellas festividades que no debían celebrarse en un día concreto. Bíbulo eligió situarlas en días en los que se permitía que se reunieran las asambleas populares, lo que impedía que estas tuvieran lugar. No obstante, su colega no estaba obligado a reconocer esas fechas y César hizo caso omiso de él de manera sistemática. No podía evitar que Bíbulo declarara la celebración de periodos de acción de gracias en honor de los comandantes de éxito que ya habían sido aprobados mediante votación por el Senado. Cualquier asunto público estaba prohibido en esos días, y César y sus aliados perdieron así parte del año, pero estos métodos no bastaron para bloquear todas las actividades de ese año, y Bíbulo enviaba mensajes de forma rutinaria a todas las reuniones y asambleas que celebraba César para anunciar que había visto malos augurios para ese día y que debían suspender lo que tuvieran entre manos. Esta práctica

USO DIDÁCTICO

de «observar los cielos» estaba consagrada por la Antigüedad, pero al no hacer el anuncio en persona carecía de suficiente fuerza. En este caso se trataba de una farsa y todo el mundo lo sabía, pero los rituales arcaicos podían afectar a la vida pública, como ocurrió cuando se arrió la bandera del Gianicolo, lo que puso fin al juicio de Rabirio. El asunto planteó la cuestión de si las leyes de César eran válidas, aunque los mismos romanos parecían no saber la respuesta. El propio César era el Pontifcx Maximus, y Pompeyo un augur del colegio de sacerdotes con la especial responsabilidad de interpretar los augurios.29

César se negó a aceptar las declaraciones de Bíbulo porque había demasiadas medidas que necesitaba conseguir que se aprobaran. Pese a las continuadas obstrucciones, su año de mandato estuvo repleto de nueva legislación, cuya cronología precisa es incierta. La ley agraria había contribuido a realizar uno de los objetivos de Pompeyo y, en un momento dado, su reorganización de Oriente fue finalmente ratificada por una votación de la asamblea tribal. Es posible que fuera en una reunión organizada para debatir este asunto cuando Lúculo habló contra César. El cónsul replicó con una diatriba tan feroz y con amenazas tan serias de denunciarle que el anciano senador se lanzó al suelo para suplicar piedad. Para Craso se aprobó una reducción de un tercio en la suma que debían los publican por el derecho a recaudar los impuestos en Asia. Sin embargo, César advirtió formalmente a las compañías de que no hicieran ofertas tan imprudentes en el futuro. Es posible que se beneficiara de modo directo de esta ayuda, porque más tarde Cicerón sostuvo que César pudo recompensar a sus agentes con porcentajes de las principales comunidades. Hacía tiempo que se había interesado en cómo se gobernaban las provincias de Roma y la mayoría de sus famosas apariciones en los tribunales fueron procesos contra gobernadores opresores. Formuló una ley que regulaba rigurosamente el comportamiento de los gobernadores provinciales, aclarando y mejorando una normativa que fue aprobada por Sila cuando era dictador. La ley resultó muy útil y seguiría vigente durante siglos. Cicerón la describió como una «ley excelente». En años anteriores, tanto César como Craso habían intentado conseguir comisiones especia les en Egipto. Pompeyo, que había reorganizado personalmente grandes franjas del Mediterráneo Oriental, también estaba muy interesado en esa zona. En el año 59 a.C. se aseguraron de que la República romana reconociera de modo oficial el gobierno de Tolomeo XII, un hijo ilegítimo de Tolomeo XI. Tolomeo XII, apodado Auletes o «el flautista», era muy impopular entre los egipcios, pero había pagado un enorme soborno a Pompeyo y Craso. Suetonio sostenía que la cantidad ascendía a seis mil talentos, es decir, la impresionante cifra de treinta y seis millones de denarios. Algunas de las leyes fueron presentadas en nombre del propio César, de modo que todas eran leyes «de julio» (lexJulia) fuera cual fuera el tema que trataran; otras fueron propuestas por tribunos simpatizantes. El más notable de estos fue PublioVatinio, que según nuestras fuentes era un granuja encantador. En una ocasión dirigió a una multitud hasta la casa de Bíbulo y trató de hacerle salir y anunciar sus presagios desfavorables en público. Se habló incluso de arrestarlo.Vatinio apoyó a César, pero sería un error verlo simplemente como una herramienta del cónsul, ya que, como cualquier otro senador, tenía sus propias ambiciones. Ayudó a César porque eso le reportaba beneficios personales, incluyendo parte de sus participaciones en las empresas recaudadoras de impuestos mencionadas más arriba. Cicerón afirma que, en años

USO DIDACTICO

posteriores, César comentaría con ironía que Vatinio no había hecho nada «gratis» durante su tribunado.3o

Pese a su actividad legislativa, César tuvo tiempo para dedicarse a otras cosas durante el año 59 a.C. Seguía estando profundamente enamorado de Servilla, y en esos meses le regaló una perla por valor de un millón y medio de denarios, tal vez provenientes del soborno de Tolomeo. César estaba soltero desde el divorcio de Pompeya en el año Ninguna de nuestras fuentes especifican si César y Servilla sentían deseos de casarse. Puesto que tanto el divorcio de Silano como la unión con César requerirían la aprobación de Catón, es evidente que no era una posibilidad muy realista. Julia, la única hija de César, había alcanzado edad casadera. A finales de abril o principios de mayo del año se anunciaron dos bodas: César tomó como esposa a Calpurnia, la hija de Lucio Calpurnio Pisón, quien se vio claramente favorecido en su candidatura al consulado del año siguiente, puesto que obtuvo con facilidad gracias al apoyo de los triunviros. Esta boda garantizó a César un sucesor simpatizante que protegería sus intereses. El matrimonio resultó un éxito político y, por lo que sabemos, fue bastante feliz, aunque la pareja estuvo la gran mayoría del tiempo separados, ya que César pasó la mayor parte del resto de su vida en campañas en el extranjero. El segundo matrimonio unió a Julia y al aliado político de su padre, Pompeyo Magno. Pompeyo era seis años mayor que César, y la diferencia de edad entre marido y mujer era grande incluso para los estándares romanos. También se había divorciado de su última esposa por su infidelidad con su nuevo suegro, entre otros. Es obvio que el matrimonio tenía una motivación política y fue anunciado de manera repentina. Julia ya estaba prometida con Quinto Servilio Cepión, y la boda se había programado para unos pocos días después. Cepión se mostró comprensiblemente molesto cuando se rompió el compromiso, por lo que Pompeyo le entregó a su propia hija, Pompeya, como esposa, una acción que, a su vez, implicaba la ruptura de su compromiso con Fausto Sila, el hijo del dictator. La creación de un vínculo familiar tan estrecho entre César y Pompeyo suele verse como un indicio de que el cónsul estaba empezando a preocuparse por la lealtad de su aliado. Desde luego, Dión y nuestras otras fuentes opinan que la iniciativa provino de César. Se había arriesgado mucho para hacer que se aprobara la legislación que quería Pompeyo e iba a necesitar amigos poderosos en Roma cuando él mismo partiera a una provincia. César necesitaba también el apoyo de Pompeyo para obtener una provincia apropiada para él. Sin embargo, el matrimonio bien puede haber sido un indicio del éxito del triunvirato. César había probado su valía y merecía la pena estrechar un lazo más permanente. La nueva esposa de Pompeyo era joven, atractiva, inteligente y parece haber heredado gran parte del encanto de su padre. El marido, de cuarenta y siete años de edad, se enamoró rápidamente de su joven novia. Al parecer, su afecto era correspondido y el matrimonio fue sin duda feliz. Pompeyo siempre había disfrutado con la adoración, y había estado dispuesto a responder a la devoción con devoción.`

USO DIDÁCTICO

EL CONTRAGOLPE

Desde mediados de abril hasta bien entrado mayo, la mayoría de senadores tendían a abandonar

Roma y visitar sus propiedades rurales. Como resultado, había escasas reuniones del Senado o asambleas durante esas se manas. Probablemente, antes de que comenzara esta suspensión informal de actividades, César ya había propuesto otra ley agraria. En ese tiempo se ocupó en concreto de la tierra pública de Campana, que había sido excluida de su primera ley. Los comisionados para la primera ley ya habían sido elegidos y habían comenzado su trabajo, y es posible que encontraran poca tierra lista para su compra inmediata aparte de aquella. Quizá César hubiera pensado siempre que su distribución también sería necesaria en un momento dado, o tal vez se fue dando cuenta de forma más gradual de que la primera ley por sí sola era inadecuada. Si lo supiéramos, sabríamos con más certeza si verdaderamente había deseado convencer al Senado de que apoyara su primera ley agraria o sólo quería exponer sus errores ante el electorado. En aquel momento, veinte mil ciudadanos -o más bien veinte mil familias, ya que sólo eran elegibles los hombres casados con tres o más hijos- fueron seleccionados entre los pobres de Roma y enviados a granjas en Campana. Posiblemente, los mismos comisionados que supervisaron la primera ley fueron los encargados de controlar esta. Es interesante que se hiciera hincapié en los hombres con familia, dado que es una característica constante en similares planes de colonización establecidos en la época de los emperadores, y es evidente que se creía que de ese modo se favorecía a los colonos más serios y dignos de ayuda. De nuevo, los senadores tuvieron que jurar defender esa ley y no intentar que fuera revocada.`

En torno a la misma época en la que se presentó este nuevo proyecto de ley, el tribuno Vatinio también presentó una propuesta para darle a César un mando especial de cinco años, que unía las provincias de Iliria y la Galia Cisalpina. Estas provincias estaban guarnecidas por tres legiones y también se encontraban convenientemente cerca de Italia. Le concedieron el privilegio de elegir sus propios legados, y al menos uno de ellos recibió imperium de propretor. Ambas leyes fueron aprobadas, se cree que a finales de mayo. Mediante una votación del Senado, la provincia de César fue ampliada para incluir la Galia Transalpina, que había quedado vacante al fallecer su gobernador, Metelo Celer, que en realidad no había llegado a su provincia cuando enfermó y murió. Un mando de cinco años, con poderosos ejércitos -había una legión adicional en la Galia Transalpina- y oportunidades de empresas militares en los Balcanes, o en la propia Galia, donde los problemas habían estado fraguándose durante años, era exactamente lo que César deseaba. Bíbulo quedaba a cargo de los «bosques y caminos rurales», aunque, de hecho, al parecer no ocupó este puesto ni se hizo cargo de ninguna provincia durante casi una década. No obstante, pese a que todos los triunviros habían conseguido su objetivo, su éxito no estaba garantizado, y el peligro seguía siendo que la hostilidad contra ellos podría despertar oposición en el futuro. En el peor escenario posible, un magistrado podía actuar para declarar inválidas todas las acciones del consulado de César en los próximos años. Como resultado, los triunviros continuaron estando nerviosos y tendían a reaccionar con vehemencia a cualquier crítica abierta.

A principios de abril, el antiguo colega consular de Cicerón, Cayo Antonio, fue acusado de extorsión durante su mandato como gobernador de Macedonia. En el año esta acaudalada provincia

USO DIDÁCTICO

había sido asignada por votación al mismo Cicerón, pero se la había entregado voluntariamente a Antonio para mantenerlo del lado de la República y el suyo propio durante la conspiración de Catilina. Aunque no tenía una opinión demasiado elevada de Antonio y es probable que sospechara su obvia culpabilidad, el orador decidió defenderle. La acusación fue apoyada por César y probablemente por Craso también. La acusación obtuvo la victoria y Antonio se marchó hacia un lujoso exilio. Durante su defensa, Cicerón cometió el error de criticar sin tapujos a los triunviros y lamentarse del mal estado de la República: eso fue por la mañana; por la tarde, su enemigo personal, Clodio -el mismo hombre que se introdujo en la festividad de la Bona Dea para seducir a la esposa de César, Pompeya- fue relegado de patricio a plebeyo. César, como Pontifcx Maximus, presidió la ceremonia, que consistía en que Clodio fuera adoptado por un plebeyo, con Pompeyo oficiando como augur. Clodio llevaba varios años buscando convertirse en plebeyo porque deseaba presentar su candidatura al tribunado, un cargo en el que no se admitían patricios.Ya había adoptado la costumbre de escribir su nombre en la forma más vulgar de «Clodius», en vez de «Claudius». Como para enfatizar la naturaleza absurda de esta ceremonia, el plebeyo que adoptó a Clodio era más joven que él mismo.33

Cicerón pasó la mayor parte del resto del año oscilando entre el nerviosismo y el optimismo repentino. Buena parte de abril permaneció en su villa de Antio, «pasando inadvertido», como él lo describió. No era el único, y la asistencia al Senado cayó en picado porque muchos miembros del Senado simplemente no acudían. En una ocasión, se cree que César le preguntó a un viejo senador por qué había tan pocos senadores en una reunión. Por lo visto, el anciano, un tal Considio, respondió que los demás tenían miedo de los seguidores armados de César. Cuando el cónsul le preguntó porque él mismo seguía asistiendo, le dijo que era un viejo que había dejado atrás el miedo en vista del poco futuro que, en cualquier caso, tenía por delante. Cicerón se alegró de que se aprobara la ley de Campana, porque pensó que eso podría dar lugar a que los triunviros perdieran el apoyo de muchos senadores. Señaló que esta redistribución eliminaría una importante fuente de ingresos, lo cual, desde luego, era cierto en cuanto a los impuestos recaudados en Italia, pero las conquistas de Pompeyo compensaban con mucho esa pérdida. Una vez más, hubo intentos de hacer que se uniera a los triunviros: César le ofreció un puesto como legado con él en la Galia, pero ni esto ni ninguna otra alternativa le disuadieron de su creencia de que habían actuado mal. También se sentía descontento con Catón, que, en su opinión, sólo había empeorado las cosas con su actuación a principios de año y con los principales nobles, cuyo apoyo hacia él no podía considerarse firme cuando adoptaba una posición.A finales de abril comenzó a confiar en que el equilibrio en los asuntos públicos estuviera cambiando y escribió a Ático, diciéndole que «si en verdad fue aborrecible el poder del Senado, ¿qué piensas que será hoy cuando ha pasado no al pueblo, sino a tres individuos desenfrenados? [...] verás en breve engrandecidos no sólo a los que nunca dieron un mal paso, sino incluso al mismo que ha incurrido en falta, es decir, Catón».34 El 18 de abril, Cicerón había oído que Clodio planeaba presentarse al tribunado, pero estaba declarando públicamente que anularía todas las leyes de César. Es probable que esa animadversión se debiera a que le había negado un puesto muy lucrativo en Egipto y en su lugar le habían ofrecido uno menos atractivo en Armenia. Las habladurías

USO DIDÁCTICO

contaban que César y Pompeyo estaban negando que hubieran celebrado alguna vez la ceremonia de adopción. Eran noticias alentadoras, pero en mayo escribió con cierta desesperación sobre Pompeyo, y llegó a sugerir que estaba planeando establecer un gobierno tiránico. Más tarde, ese mismo año, un joven senador acusó abiertamente a Pompeyo en el Foro y casi le lincharon, aunque no se sabe con seguridad si le atacaron los partidarios de los triunviros o el público en general. La descripción que hizo Cicerón de este hombre, Cayo Catón, como «un jovencito sin dos dedos de frente, pero ciudadano romano al fin y un Catón», ofrece un claro indicio del poder de un nombre famoso en Roma.`

En una fase más avanzada del verano, Cicerón anotó que el oponente que más se hacía oír era Cayo Escribonio Curión, hijo del cónsul del año 76 a.C. Como Cayo Catón, Curión era todavía un hombre joven y es sorprendente que los triunviros no recibieran apenas críticas directas de los senadores más distinguidos y ex magistrados. Era otro indicio de la debilidad de los rangos superiores del Senado en esos años, en gran parte como resultado de la guerra civil y más recientes disturbios. Sin embargo, en ocasiones, era un grupo de ciudadanos ordinarios los que protestaban. Pompeyo fue abucheado cuando tomó asiento en un lugar de honor en los juegos organizados por Gabinio, el hombre que, como tribuno, le había ayudado a conseguir el mando contra los piratas y, más tarde, sirvió como su legado. En una obra de teatro, un actor fue aclamado cuando puso énfasis en la frase «nuestra miseria te ha hecho magno» cuya intención era, evidentemente, atacar a Pompeyo Magno. Según Cicerón:

> Entrado que hubo César, con un desmayado aplauso, apareció detrás Curión hijo: a este se le aplaudió igual que solía aplaudirse a Pompeyo cuando todavía existía la República. César lo ha encajado muy mal: se dice que una carta vuela hacia Capua para Pompeyo; [los triunviros] se declaran adversarios de los caballeros [équites] que aplaudieron en pie a Curión y enemigos de

Los edictos vitriólicos y, con frecuencia, indecentes de Bíbulo eran leídos con regocijo por muchos ciudadanos, y Cicerón habló de la multitud que se solía reunir alrededor de ellos en el Foro. Su gozo no tenía por qué ser un signo de afinidad con aquel cónsul que no salía de casa. A lo largo de los años, la sátira política ha divertido a menudo incluso a aquellos que estaban en desacuerdo con ella. Los romanos tenían un gran sentido del humor y se deleitaban en esa grosera invectiva. César fue el objetivo de gran parte de los insultos de su colega, pero parece que no le molestaban demasiado. Pompeyo nunca supo hacer frente a las críticas y el 25 de julio se decidió a pronunciar un discurso en el Foro defendiéndose de esta difamación. Cicerón consideró que había dado una imagen patética, porque seguía esperando que se reanudara la amistad con el hombre que tantas veces había elogiado, pero señaló que todo lo que Pompeyo había conseguido era atraer más atención hacia los folletos de Bíbulo. En aquella época, Pompeyo aseguraba sin cesar a Cicerón que no tenía nada que temer de Clodio, que evidentemente había abandonado sus planes de atacar las leyes de César, si es que había llegado a considerarlo en serio alguna vez y no estaba sólo tratando de alcanzar el tribunado. En otoño, Cicerón creyó, o tal vez quiso creer, que Pompeyo lamentaba los disturbios de

USO DIDÁCTICO

principios de año y su alejamiento de los nobles del Senado.`

A finales de verano o principios de otoño tuvo lugar un extraño episodio que todavía no se ha llegado a comprender por completo. Vetio, que en el año 62 a.C. acusó a César de complicidad en la conjura de Catilina y fue golpeado y encarcelado por sus culpas (véase página 192), tuvo que comparecer ante el Senado y declaró que conocía otra «conspiración». Se había hecho amigo de Curión y, más tarde, le dijo que planeaba asesinar a Pompeyo, y a Pompeyo y a César en otra versión. Curión se lo contó a su padre, que enseguida se lo contó a Pompeyo y el Senado se reunió y convocó aVetio para ser interrogado. Este entonces acusó a Bíbulo de incitar a Curión a asesinar a Pompeyo, y tal vez a César también. Nombró a varios conspiradores más, entre ellos al hijo de Servilla, Bruto, que en aquel momento tenía veintitantos años de edad. Él, y al menos uno de los otros hombres mencionados, podría quizá poseer un motivo, ya que Pompeyo había ejecutado a sus padres durante la guerra civil. Supuestamente, uno de los sirvientes de Bíbulo había suministrado la daga que los jóvenes conspiradores iban a usar. En aquella época, Cicerón creía que César estaba detrás de Vetio, y que había intentado neutralizar a Curión por criticar a los triunviros. Sin embargo, parece muy poco probable que deseara implicar al hijo de su amante. Curión se defendió bien del ataque, mientras que Pompeyo ya le había agradecido a Bíbulo algunos meses antes que le hubiera advertido de la conspiración para asesinarle. La historia deVetio fue recibida con grandes sospechas y le pusieron bajo custodia ya que, según él mismo había admitido, había sido descubierto en el Foro con una daga escondida. Al día siguiente, César yVatinio le hicieron acudir a la rostra en una reunión pública. Esta vezVetio no mencionó a Bruto. Cicerón, en lo que sin duda era una indirecta a la re lación con Servilla, señaló con astucia que daba «la sensación clara de que había pasado una noche con sus correspondientes intercesiones».38 En vez de eso, declaró que Lúculo y otros hombres más estaban implicados, entre ellos, el cuñado de Cicerón. Nadie se inclinaba a creerle y le procesaron, pero fue encontrado muerto en su celda antes de que el proceso pudiera comenzar.

USO DIDACTICO

Las circunstancias de la muerte deVetio son inciertas. Plutarco afirma que se registró como un suicidio, pero que las marcas de estrangulamiento eran visibles en su cuello. Suetonio, que sostenía que César estaba detrás de todo el asunto, dice que este había hecho envenenar aVetio. Unos años más tarde, Cicerón echó la culpa de ese episodio aVatinio en vez de a César. Más recientemente, los estudiosos han cambiado de opinión acerca de lo que había sucedido en realidad. Algunos han culpado a César, pero otros han especulado con la posibilidad de que el culpable fuera Clodio o incluso el mismo Pompeyo. Por un lado, el asunto podría haber ayudado a poner nervioso a Pompeyo, porque siempre había tenido un miedo cerval a ser asesinado, reafirmándole así en su lealtad al triunvirato pese al aluvión de insultos de Bíbulo y su desacostumbrada popularidad. No obstante, el hecho de que se nombrara a Bruto hace muy improbable que César inspirara todo el asunto. Es más probable que sólo buscara beneficiarse del asunto cuando se revelara. La omisión del nombre de Bruto en el segundo día indica que el informador había sufrido presión. Es posible que Vetio actuara por su cuenta, buscando volver a ser el centro de atención o restablecer su economía con la recompensa que podía recibir un informador. Es evidente que César trató de utilizarle, pero

pronto se dio cuenta de que el beneficio sería escaso y que Vetio no era digno de confianza. Es verosímil que diera la orden de matar al prisionero que, al fin y al cabo, era un hombre que le había atacado en el pasado, pero es imposible demostrarlo.`

Al final, Bíbulo consiguió retrasar las elecciones consulares de julio a octubre, pero, a pesar de tener derecho a presidirlas, permaneció en casa y la tarea quedó en manos de César. Los cónsules elegidos para el año 58 a.C. fueron el nuevo suegro de César, Calpurnio Pisón, y Gabinio, ambos favorables a los triunviros. El desarrollo de los acontecimientos en los próximos meses sería decisivo para el destino de César, ya que cuanto más tiempo se respetase su legislación, más dificil sería que cualquiera plantea ra dudas serias sobre su validez. Al final de su año como cónsul, César permaneció algunos meses en Roma o en sus alrededores para ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Clodio había sido elegido para el tribunado y, dado que su propio cambio de estatus de patricio a plebeyo estaba ligado a la legalidad de las acciones de César como cónsul, es evidente que iba a hacer un gran esfuerzo por confirmar su validez. Dión afirma que prohibió que Bíbulo pronunciara un discurso cuando finalmente se presentó el último día de su consulado, del mismo modo que Metelo Nepote había impedido que Cicerón hablara a finales del año 63 a.C. Dos de los nuevos pretores atacaron a César, y él respondió a sus críticas en una reunión del Senado. Tres discursos que pronunció en esos debates se publicaron para presentar una defensa duradera de sus acciones en el año 59 a.C. Por desgracia, no se conserva ninguno. Sin embargo, después de tres días la Casa no había llegado a ninguna decisión. La mayoría del colegio bloqueó un intento de uno de los nuevos tribunos para procesarle. Hasta marzo del año 58 a.C. César no partió hacia la Galia, donde había surgido un problema que requería su atención inmediata.`

César había logrado muchas cosas durante su consulado. Se había puesto en marcha un extensivo programa de nuevas redistribuciones de tierras que continuaría a lo largo de la década. Pompeyo había conseguido establecer su reorganización de Oriente y Craso había obtenido ayudas para los recaudadores de impuestos. César, aliándose a los otros dos, había logrado hacer todo eso pese a una oposición que no había logrado conquistar con sus primeras acciones conciliadoras. Había sido un año turbulento, en el que la tensión se elevó en varias ocasiones. Cicerón escribió en sus cartas sobre su temor de que llegara la tiranía y una inminente guerra civil. Ninguna de las dos cosas había sucedido, pero muchas de las convenciones y precedentes que regulaban la vida pública habían sufrido mucho y se habían erosionado aún más. La determinación de Bíbulo y Catón para obstaculizar las acciones de César a toda costa había sido tan perjudicial como su propia determinación de presionar a toda costa. De todos modos, por el momento había ganado César y había logrado la oportunidad de obtener gloria militar a gran escala. Ahora que tenía un prolongado e importante mando provincial era cuestión de ganar victorias para la República. Si sus éxitos militares eran suficientemente grandiosos -y César estaba decidido a lograr que lo fueran-, enton ces seguro que incluso sus oponentes más acérrimos tendrían que aceptarle como un gran siervo de la República, tal vez el más grande, y los más dudosos actos de su consulado podrían ser olvidados o perdonados. La aprobación de la Lex Vatinia, que le otorgaba la Galia Cisalpina e Iliria, y la

USO DIDÁCTICO

posterior adición a su provincia de la Galia Transalpina habían llenado a César de alegría. Encantado con este éxito, declaró en el Senado que, puesto que «había conseguido sus deseos a pesar de la oposición y los lamentos de sus adversarios, a partir de aquel momento los trataría a patadas». Fuera o no fuera un doble sentido, un senador respondió que sería dificil que una mujer pudiera hacerlo, refiriéndose a la vieja historia de César y Nicomedes, que habían revivido los edictos de Bíbulo. César bromeó alegremente diciendo que no sería dificil porque «ya en Siria había reinado Semíramis y las Amazonas en otro tiempo habían dominado gran parte de Asia». Parece apropiado finalizar el relato de ese año con un chiste vulgar y un episodio que muestra la confianza y satisfacción consigo mismo que le caracterizaban.`

USO DIDÁCTICO